

REFLEXIONES SOBRE LAS CLASES SOCIALES EN AFRICA Y EN ZAIRE

Mwabila Malela

I. ALGUNAS REFERENCIAS TEORICAS

1. PRINCIPIO DE CLASE Y PRINCIPIO NACIONAL

El concepto de clases sociales aplicado a la realidad africana ha dado lugar a múltiples interpretaciones; o bien es derivada del esquema de análisis como una simple ideología, o bien es reconocido como en estado embrionario; o también puede ser propuesto como único cuadro de referencia realista para la comprensión y la interpretación de los cambios históricos y sociales del Africa contemporánea. Estas tres interpretaciones, consecuencia de las investigaciones, denuncian no sólo la complejidad de este concepto, sino también la oposición entre el principio de clase y el principio de nación.

Sobre este punto preciso, las posiciones oficiales con respecto a las clases sociales aportan alguna claridad en la confusión que este concepto ocasiona. Que Tanzania niegue la existencia de clases en beneficio de la ideología de la «solidaridad» (Ujamaa), que Senegal minime el impacto de las clases sociales en el futuro de las sociedades africanas para primar el de la lucha entre países pobres y países ricos, o que la ideología oficial del Zaïre proclame la igualdad de todos los ciudadanos, a despecho de las desigualdades demasiado evidentes, generadas por la subdivisión de la sociedad en clases, todo ello demuestra que el rechazo del fenómeno de las clases por la instancia política, se refiere más bien a su expresión consciente: la lucha de clases.

La primacía concedida al principio de nación conduce, en efecto, a apartar del debate toda idea de lucha de clases de cara a la estabilidad y al equilibrio de las estructuras nacionales. Es innegable que semejante concepción procede generalmente de la idea y la práctica del poder en Africa. Cada vez más —con algunas excepciones— el poder africano

moderno descansa sobre el poder carismático del jefe, sobre el monopartidismo, y, por consiguiente, sobre la ausencia de toda oposición firme, sobre las ideologías nacionales unificadoras, sobre el ejército, cuyo papel es velar por la integridad del territorio y sobre todo imponer el consenso dictado por la ideología política dominante. El poder así concebido se desarrolla en los estados-naciones, cuyo carácter precario ha sido demostrado en muchas ocasiones. Jean Ziegler califica a este tipo de organización política como «protonación», es decir, una formación social creación del imperialismo, que produce para sus miembros los símbolos elementales de un sentimiento nacional, donde el poder político es objeto de luchas, de negociaciones y de transacciones permanentes, donde actúan una multitud de contrapoderes religiosos, regionales, étnicos, dirigido por una burguesía de estado... Su supervivencia depende de la total dependencia de su economía con respecto al centro metropolitano y de un sistema complicado de tratados de «defensa mutua» entre ella y el centro metropolitano¹. También Y. Person pudo constatar que el Estado en Africa no es más que un espacio controlado con dureza y del cual es necesario extraer el mayor provecho por todos los medios².

La distancia tomada respecto al concepto de clases se relaciona de hecho con la lucha de clases en la medida en que los rasgos dominantes de la mayoría de los estados africanos modernos corresponden a las características aludidas anteriormente y que constituyen su común denominador.

Así pues, la negación del fenómeno de clases asociado al principio nacional reposa sobre la doble confusión que consiste en no poder disociar la realidad de las clases de la de su lucha, y en reducir la lucha de clases a una simple oposición al poder político establecido.

2. DIVERSIDAD Y HETEROGENEIDAD

Si es verdad, como dice F. S. Agblemagnon, que la negación del fenómeno de clases después de las independencias es una táctica de mixtificación, ciertas condiciones objetivas del Africa contemporánea reclaman a veces cierta prudencia en la utilización de este concepto. Sigamos a G. Balandier a este respecto (3). Para él las clases sociales tropiezan en Africa con dos tipos de dificultades: la diversidad y la heterogeneidad. La diversidad procede de factores múltiples, tales como la variedad de las sociedades tradicionales, la incidencia diferencial de las

¹ ZIEGLER, J.: *Mains basses sur l'Afrique*. París, Edits. du Seuil.

² *Etat et Nation en Afrique Noire*, en «La dependance de l'Afrique et les moyens d'y remedier», Actes du Congrès International des Etudes Africaines de Kinshasa. París, Edit. Berger-Levrault, 1980.

³ Véase principalmente BALANDIER, G.: *Sens et puissance*. París, Presses Universitaires de France, 1971.

colonizaciones, las divergencias que resultan de las opciones hechas después de la independencia en materia de regímenes políticos. Estas diversidades no pueden ser interpretadas a partir de un modelo estructural único, como las clases sociales, aunque estas diversidades se aproximan a ciertas características comunes, por ejemplo, un amplio predominio de la gente rural, un reducido número de empresarios autóctonos, la importancia de la casta viva de la burocracia, la aparición de una nueva clase que él llama «la clase de los gestores del Estado moderno».

En cuanto a la heterogeneidad, procede principalmente de la existencia en las sociedades africanas modernas «de elementos de edades diferentes ilusoriamente contemporáneas». De este hecho, se desprende una multiplicidad de criterios de diferenciación social, criterios que proceden del pasado y otros condicionados por el presente.

Si se trata de los criterios del pasado, G. Balandier señala una fuerte resistencia a la aparición de las clases sociales, porque el orden social no produce ideologías de contestación y dispone de varios mecanismos de defensa, comprendidos entre ellos los mecanismos de caracteres rituales y porque las desigualdades se expresan más bien a nivel de prestigio y de poder que a nivel de riquezas.

Por lo que se refiere a los criterios del presente, G. Balandier señala una doble distinción: los del período colonial que han puesto la base de una estructuración de clases y los del período post-colonial que han permitido su actualización.

Esquemáticamente, y a título meramente indicativo, distingue este autor para el período colonial, cinco categorías:

- a) los agentes del poder colonial;
- b) los agentes de la occidentalización (profesores, clero...);
- c) los agricultores ricos;
- d) los comerciantes y pequeños empresarios;
- e) los trabajadores asalariados.

Estas categorías presentan un nuevo tipo de diferenciación social salido de la generalización del Estado, del desarrollo de las ciudades y de la economía mercantil, de la modificación directa o indirecta de los regímenes de la propiedad rural, de la difusión de un nuevo saber que valoriza el conocimiento escrito, de la desnaturalización de la cultura tradicional y de la disolución del sistema religioso que estaba asociado a ésta.

A pesar de esta nueva diferenciación y cualquiera que sea su forma en el curso del período post-colonial, esta perspectiva sugiere que el proceso de subdivisión de las sociedades en clases antagonistas no puede ser considerado como terminado en Africa, a pesar de la insistencia señalada de diferentes grupos de interés que han provocado en su seno una toma de conciencia de sus intereses, ya que las condiciones intrínsecas de estas sociedades frenan la constitución de clases sociales. Por

otra parte, el carácter inacabado de las clases se relaciona con el proceso, también inacabado, de constitución del Estado, de la nación y de la economía moderna.

La perspectiva de análisis iniciada por G. Balandier es muy interesante, y procede de una observación realista sobre el terreno y plantea cuestiones que no pueden ser profundizadas en este texto. Señalemos no obstante, que se advierte, a través de sus estudios, ciertas imprecisiones sobre el estatuto teórico del concepto de clases; imprecisiones debidas en gran parte a las vacilaciones de la teoría misma de las clases sociales. A título de ejemplo, cuando G. Balandier atribuye las vicisitudes políticas (disturbios, golpes de estado, rebeliones, etc.) más a la tribalización de la vida política y al resurgimiento de los antiguos antagonismos, que a los elementos de la lucha de clases, hay otros (B. Verhaeghen, J. Ziegler, P. Demunter, etc.) que las relacionan con la lucha de clases. Otro ejemplo: la inexistencia de clases en las sociedades precoloniales afirmada por G. Balandier no encuentra la unanimidad de todos los observadores de la realidad africana. Así, P. Fourgeyrollas, refiriéndose a las fuentes orales y escritas de la historia africana, distingue en los estados africanos del pasado las clases siguientes:

1. Los dueños de la tierra y de los rebaños, clase dominante, compuesta de elementos nobiliarios, guerreros y elementos sacerdotales.
2. Los administradores que ejecutan las órdenes de los precedentes.
3. Los comerciantes, cuya importancia económica y social ha variado con los períodos de expansión o de decadencia del Estado.
4. Los artesanos, agrupados en castas, que corresponden a sus especialidades profesionales.
5. Los campesinos llamados libres, de los cuales una parte proporciona soldados.
6. Una masa de productores rurales avasallados, cuyo estatuto sería intermediario entre la esclavitud de la Roma antigua y la servidumbre de la Europa medieval⁴.

Por clases sociales P. Fourgeyrollas entiende: «Los grandes agrupamientos, determinados por el carácter fundamental y el desarrollo de la producción de bienes, y se oponen entre ellos relativamente a la repartición de la superproducción». Esta no es precisamente la óptica de G. Balandier, en la que no se encuentra una definición clara de su concepto de clases.

⁴ FOURGEYROLLAS, P.: *La question des classes sociales dans les sociétés africaines*, en «Connaissance du Tiers Monde». París, Union Generale d'Éditions, 1978. Véase también STAVENHAEGEN, R.: *Les classes sociales dans les sociétés agraires*. París, Edits. Anthropos, 1969.

3. COMPLEJIDAD DEL CONCEPTO

Como se acaba de ver, la aplicación del concepto de clases a la realidad africana plantea numerosas dificultades relacionadas a la vez con el desacuerdo teórico entre diferentes especialistas de la cuestión y con características propias en Africa que, aunque en parte han sido puestas de relieve por la etnología colonial, han sido leídas e interpretadas con referencia a Europa.

a) *En cuanto a la teoría*

Sobre el desacuerdo teórico, R. Aron señala dos tendencias⁵: la que considera la clase no como un conjunto real, sino como un conglomerado de individuos que se diferencian los unos de los otros únicamente por su estatuto social, tendencia en la que se inspiran numerosos estudios anglosajones sobre la cuestión —americanos en particular—, que buscan sobre todo demostrar las interrelaciones de clases que en la sociedad vivirían en armonía colectiva; esta es la tendencia nominalista.

Para la segunda corriente, la clase es un conjunto real, definido a la vez por hechos materiales y por la conciencia colectiva que los individuos toman de ello. Esta corriente afirma la importancia y el alcance de la lucha de clases que, situada en la historia, se desarrolla necesariamente en relación con la lucha por el poder; esta es la tendencia realista.

Esta segunda corriente marca un progreso en relación con la primera, ya que incluye en su problemática una marcha totalizadora propia de una sociología globalizante. El fenómeno social se caracteriza, en efecto, por su totalidad, puesto que su realidad concreta está compuesta de plataformas escalonadas, siguiendo la expresión de G. Gurvitch; por ello, toda parcelación de la realidad que no se refiera al todo social conduce a una falsa inteligencia del fenómeno considerado. Pero el sólo reconocimiento del principio de totalidad no resuelve toda la cuestión; G. Gurvitch no reprocha al materialismo histórico (que se adscribe al principio de totalidad) el ser una solución de facilidad porque, tomando los fenómenos en su generalidad, se minimizan los detalles susceptibles de aclarar estos mismos fenómenos. Su concepción de las clases como macrocosmos parciales de agrupamientos particulares obedece a la vez a la lógica de totalidad y a la del fraccionamiento de ésta con fines metodológicos.

Por otro lado, si, como dice con razón H. Janne, Marx es el punto de partida obligado en toda reflexión sobre las clases sociales, es necesario reconocer que sus continuadores no han contribuido de manera

⁵ ARON, R.: *La lutte des classes, Nouvelles leçons sur la société industrielle*. París, Edit. Gallimard, 1964 (Collections Idée).

decidida a acabar las cuestiones dejadas abiertas por él sobre este problema. Los estudios relacionados con esta corriente han sido, durante un largo período, influenciados por esto que se ha llamado la crisis del marxismo, que se traduce por un dogmatismo que les hacía muy polémicos y muy poco operacionales. Ha sido necesario esperar a los esfuerzos de relectura del materialismo histórico emprendidos estos últimos años fundamentalmente por Althusser, Godelier, Bettelheim, Peulantzas... para que se haya precisado el concepto de clases sociales a la luz de los útiles conceptos legados por Marx.

Siguiendo este esquema, las clases sociales son identificadas en relación con el modo de producción, concepto teórico que permite captar la manera como funciona la totalidad social. M. Harnecker nos da las características esenciales de esto ⁶:

- a) Todo modo de producción comporta tres estructuras regionales: la estructura económica, la estructura jurídico-política, y la estructura ideológica.
- b) En la estructura global existe siempre una estructura regional que domina a las otras.
- c) La estructura económica es siempre determinante en última instancia.
- d) Todo modo de producción se caracteriza por su dinámica, es decir, por la continua reproducción de sus condiciones de existencia.
- e) La dinámica del modo de producción se funda sobre las relaciones sociales de producción, estableciéndose estas relaciones independientemente de la voluntad de los hombres.

La totalidad así determinada es una totalidad con contradicciones. Siguiendo a Althusser, para que esta contradicción llegue a ser activa en un sentido fuerte, es necesaria una acumulación de circunstancias y de corrientes, de manera que, cualquiera que sea su origen y su sentido, se fusionen en una unidad de ruptura.

Para situar mejor el lugar de las clases sociales ligadas a la problemática del modo de producción, conviene referirse brevemente al concepto de formación social que es «una realidad concreta, históricamente determinada, estructurada a partir de la manera como se combinan las diferentes relaciones de producciones que coexisten al nivel de la estructura económica». Se encuentra también así una estructura económica, una estructura ideológica, y una estructura jurídico-política. La formación social puede corresponder a un país determinado o a una serie de países que tienen características más o menos similares y una historia común. En la estructura económica de una formación social

⁶ HANECKER, M.: *Les concepts elementaires du materialisme historique*. Bruxelles, Edits. Contradictions, 1974.

coexisten diversas relaciones de producción, de las que unas ocupan un lugar dominante e imponen sus leyes a otras relaciones que les son subordinadas; de la misma manera su estructura ideológica encierra diversas tendencias ideológicas, siendo preponderante la tendencia ideológica de la clase dominante y, por fin, su estructura jurídico-política asegura la función de dominación de la clase dominante⁷.

Se sabe, según Marx, que la ideología ha sido dominante en el modo de producción feudal bajo la forma de religión y que lo económico ha jugado un papel preponderante en el modo de producción capitalista en el estado competitivo. Por su parte, N. Poulantzas ha mostrado el aspecto dominante de la instancia ideológica bajo la cobertura de la economía y de la política en el modo de producción capitalista en el estado monopolista⁸.

Según este esquema de análisis, el concepto de clase se relaciona con el conjunto de los niveles de un modo de producción y con las conexiones que estos niveles mantienen entre ellos. Se sabe, por otra parte, que una formación social comporta diversos modos de producción y que está estructurada a partir de la forma en que se combinan las diferentes relaciones de producción que coexisten al nivel de la estructura económica. La combinación de diferentes instancias de un modo de producción y de diferentes estructuras de una formación social, determinan la posición hegemónica o subordinada de las clases y son aquéllas quienes dan nacimiento a la subdivisión de las sociedades en clases.

b) *En cuanto a la dimensión étnica*

El Africa negra se ha revelado como el continente donde domina la influencia de la solidaridad étnica simultáneamente sobre la vida cotidiana y sobre la organización política. Pocos estudios han puesto de relieve de manera feliz la interferencia de estos diferentes tipos de dinámica sobre las clases sociales. Los titubeos teóricos brevemente evocados hasta aquí, explican parcialmente esta carencia, pero para situar mejor la cuestión conviene referirse aquí más fundamentalmente a la pobreza teórica misma de la problemática de la etnicidad. En un artículo inédito, J. C. Willame señala tres tendencias al menos que se destacan en esta perspectiva. La primera, que implica un debate ideológico sobre el nacionalismo plantea la cuestión de saber si éste es un fenómeno político positivo o negativo. Dos especialistas de la cuestión nacional, Hayes y Kohn, escribe J. C. Willame, consideran, por ejemplo, que el nacionalismo ha llegado a ser una amenaza política mayor para la paz internacional y aún la más grande amenaza en la medida

⁷ HANECKER, M., op. cit.

⁸ POULANTZAS, N.: *Pouvoir politique et classes sociales de l'Etat capitaliste*. París, F. Maspero, 1968.

en que la idea nacional ejerce un impacto «sentimental» profundo a nivel de las élites y de la masa. La influencia del hecho nacional es tal, dice este autor, que un movimiento tan «anti-nacional» y «anti-étnico» como el comunismo —en la medida en que él propugnaba la unificación del proletariado sobre una base mundial— ha debido tener en cuenta, como lo subraya Kohn, a la idea nacional y ha desarrollado una nueva forma de «socialismo nacional».

La segunda tendencia es aquella que se ha configurado con el advenimiento de las nuevas nacionalidades. Centrada alrededor del tema de la integración nacional, se ha esforzado en buscar los indicadores «objetivos» que podían contribuir a la formación de un estado-nación moderno. Esta tendencia ha subrayado, notablemente, con E. Wallerstein, los aspectos positivos del «tribalismo» urbano: mantenimiento de una estructura de clase fluida, disminución de las ligaduras clánicas, ampliación de los horizontes del individuo (resocialización), y escapatórias a las tensiones políticas debidas a la ausencia de recursos...

La tercera tendencia es aquella que ha puesto el acento sobre el aspecto pluralista de las sociedades colonizadas y sobre los lazos que existen entre estratificación social y heterogeneidad cultural. Esta tendencia reposa sobre una doble afirmación: primero, que los sentimientos étnicos de un grupo no pueden definirse más que en relación con los de otros grupos, y segundo, que el proceso de «incorporación» étnica es condicionado por la emergencia de un grupo culturalmente dominante, que utiliza diferentes técnicas para absorber a las otras. J. C. Willame sospecha justamente en esta segunda idea una apertura en dirección a la problemática de las clases sociales, mejor explicitada por M. G. Smith cuando él define a la sociedad plural como una unidad política autónoma, gobernada por una minoría privilegiada; y por R. Sklar, cuando distingue en su obra sobre los partidos políticos nigerianos una participación política fundada sobre intereses de clases que entran normalmente en contradicción con los valores comunitarios.

A pesar del progreso constatado en el adelanto de los análisis que actúan sobre la etnicidad, sus nociones quedan imprecisas, puesto que actúan esencialmente sobre análisis parciales de fenómenos fragmentados (partidos políticos, movimientos étnicos, etc.) y aislados de su contexto social global (colonialismo, sistema capitalista, etc.). La problemática de la etnicidad (y por ello del nacionalismo), concluye J. Willame, no ha conocido las transformaciones teóricas profundas que han caracterizado el debate sobre la naturaleza de las clases sociales. Sin duda, el hecho étnico ha dado lugar a numerosos estudios empíricos, pero en ellos no se puede constatar más que un deslizamiento sobre el plano teórico. Esta advertencia, prosigue el autor, no justifica en absoluto una prioridad cualquiera de la problemática de la clase social sobre la de la etnicidad; lo que es necesario subrayar, sobre todo, es el re-

chazo implícito por parte de los «eticistas» de razonar en términos de totalidad; es decir, la voluntad de acantonarse a nivel único de la instancia ideológica (subjetiva) ⁹.

No se puede, pues, razonablemente abordar la cuestión de las clases en Africa sin tener en cuenta las interferencias de la etnia y de la cultura sobre este problema. Es verdad que el Africa de hoy no es la de ayer: la estratificación social de ayer, aunque resistente a veces en ciertas situaciones, ha dejado lugar a otro tipo de estratificación que procede de la aculturación económica (economía de mercado, industrialización) y que fue acelerado por el fenómeno de las independencias. Sin embargo, el análisis de la realidad africana revela su complejidad, hecha de las supervivencias de los elementos del pasado y de la adopción de los valores del presente. La solidaridad étnica aparece en esta relación como el cuadro al cual recurren los individuos para precaverse contra las incertidumbres de la nueva sociedad global.

II. LA REALIDAD DE LAS CLASES

1. PRECAUCIÓN METODOLÓGICA

Las consideraciones que preceden permiten finalmente situar el concepto de clase en el sentido en que lo entienden las siguientes reflexiones. De acuerdo con R. Stavenhagen, yo sostengo que:

- a) Las clases sociales son categorías analíticas diferentes de los estratos, que son categorías descriptivas.
- b) Ellas son también y sobre todo categorías históricas en cuanto que están unidas a la evolución y al desarrollo de la sociedad en estructuras dadas por la historia y existentes en formaciones socioeconómicas específicas.
- c) Se desarrollan en relación con la sociedad de la cual ellas representan las contradicciones y a la vez son resultados; al mismo tiempo que ellas se desarrollan de forma autónoma, gracias a su dinamismo interno.
- d) Existen no aisladamente, sino en un sistema de clases, donde las diferentes clases mantienen entre sí relaciones de oposición y de antagonismo, resultando las posiciones diferenciales que ocupan en la estructura social ¹⁰.

Sostengo también que las clases se relacionan con las diferentes instancias de un modo de producción donde dominan tanto la instancia económica como la política, como la ideológica, según las circunstancias

⁹ WILLAME, J. C.: *Ethnicité et classes sociales* (texto inédito).

¹⁰ STAVENHAEGEN, R.: op. cit.

históricas, como lo han demostrado claramente los trabajos de N. Poulantzas.

Pero el concepto así situado no podría ser aplicado a la realidad africana sin precauciones metodológicas suplementarias, particularmente en el Zaïre, a causa de la inestabilidad de sus instituciones, de la extraversion de su economía, y de la incapacidad de su burguesía para controlar un aparato económico esencialmente bajo la empresa del gran capital extranjero. Pero la historia reciente del Zaïre manifiesta una voluntad política a través de la cual el país busca asumir e integrar sus diferentes culturas en una comunidad nacional concreta. Está claro que una comunidad tal hace surgir problemas relativos a la organización del poder, a la coexistencia de diferentes entidades sociales que constituyen la nación, al papel del Estado y de sus componentes, al control del aparato económico y sus relaciones con el sistema económico mundial. Con ocasión de estas funciones esenciales para la supervivencia de una nación moderna es como se manifiestan las divergencias de intereses, en tanto que en Africa el control del poder político se concibe como la dominación de un grupo étnico sobre otro.

Al tratarse de un proyecto económico propiamente dicho, las diferentes etapas de la economía zaireña obedecen a la lógica de una economía colonial al principio y neocolonial después, caracterizada sobre todo por su papel de economía de exportación de materias primas mineras y agrícolas en el seno de la división internacional del trabajo.

En el curso del período colonial, escribe D. van der Steen, la división del trabajo entre metrópoli y colonia era extremadamente alienante, pero proyectado de cara a un proceso de largo plazo. El desarrollo de las infraestructuras y de los sectores que estaban subordinados a la producción de exportación estaba asegurado: administración general del país, transportes, aprovisionamiento de las industrias, alimentación de los trabajadores, cuidados de salud pública, formación profesional, etc. Las condiciones de este tipo de explotación estaban así reproducidas ¹¹.

La evolución actual se presenta de otra manera. La falta de preparación del país para la independencia y la debilidad de la metrópoli colonial belga han abierto el país a la penetración de otras potencias después de su acceso a la independencia. Sin embargo, como indica van der Steen, la crisis económica zaireña aparece de modo señalado a partir del año 1975. Las causas de ello son, según este autor:

- a) La recuperación de la actividad económica mundial que exige el abandono del control directo de una serie de sectores menos rentables en favor del control indirecto obtenido gracias a la transformación de la tecnología, a la provisión de equipa-

¹¹ VAN DER STEEN, D.: *Le Zaïre malade de sa dépendance*, en «Du Congo au Zaïre». Bruxelles.

miento, a la comercialización, a las aportaciones financieras, al control ejercido sobre los capitales internacionales públicos, etcétera.

- b) La dependencia del exterior relacionada con estructuras económicas y políticas corrompidas y con la naturaleza de la clase dirigente.
- c) El mantenimiento de estructuras de producción de tipo colonial mientras que los términos de cambio entre productos primarios y elaborados (comprendidos entre ellos la tecnología) se deterioran.
- d) La importancia de las importaciones con vistas a satisfacer el mercado interior, lo que requiere el desarrollo continuo de las exportaciones.
- e) La dependencia con respecto a las facturas de exportación agravada por la evolución de su economía hacia un sistema de casi monoproducción: el cobre, en cierto modo en detrimento de otros productos mineros y agrícolas.
- f) El imperialismo tecnológico, definido por B. Verhaegen como la utilización de los conocimientos científicos y técnicos en provecho de las economías dominantes. Esto se traduce en el Zaire por la importación de inversiones no rentables —tal como la siderurgia de Maluku que importa chatarra de Italia, etcétera¹².

Las implicaciones de semejante proyecto económico han sido puestas a la luz, y ello suscita inevitablemente la existencia de una burguesía de sustitución, en un papel de relevo del gran capital para sus operaciones esenciales de control indirecto de la actividad económica de la periferia, y forma el soporte político de las actividades económicas y la vía de penetración del imperialismo tecnológico. Como corolario, se observa un deterioro rápido del poder de adquisición de la población. Se ha establecido que el índice del salario mínimo legal de mano de obra ordinaria comparado con la evolución de los precios al detalle sobre el mercado de Kinshasa ha pasado del índice 100 en 1960 al índice 6 en 1980.

2. DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LAS CLASES

Los diferentes elementos evocados antes: una nación en crisis de crecimiento, una organización política precaria, una economía dominada y sometida a las fluctuaciones del sistema económico mundial y un cuadro cultural en pleno cambio, hacen pensar de manera clara sobre

¹² Sobre el imperialismo tecnológico véase, VERHAEGEN, B.: *Imperialisme technologique et bourgeoisie nationale au Zaire*, en «Connaissance du Tiers Monde», op. cit.

el fenómeno de las clases en el Zaïre. Un ejemplo: el proletariado urbano, al cual se ha consagrado antes una reflexión más completa ¹³, ilustra perfectamente esta afirmación.

Nacido de la aculturación económica en el comienzo de la colonización, el proletariado urbano ha aparecido desde el principio como una clase social implicada en una sociabilidad nueva, diferente de aquella que surge de la sociedad tradicional. Se asiste desde el proceso de su constitución a una resistencia a la estabilización en el régimen de salario, y esto ha revestido varias formas: abandono de los trabajos antes del fin del contrato, deserción de las aldeas cuando se aproximan los agentes reclutadores, revueltas, etc. Se advierte en este período un movimiento de vaivén entre el centro de trabajo y el poblado, movimiento que expresa la discontinuidad de la superestructura política y económica colonial con relación al sistema social tradicional. Rehusando enajenar su libertad, pero atraído, a pesar de todo, por el cuidado de satisfacer las nuevas necesidades creadas por la economía de mercado, el trabajador participará en estos dos tipos de sociabilidades, una correspondiente a su proyecto de sociedad y la otra completamente extraña a él pero obligatoria.

Progresivamente, el proceso de dominación de la economía colonial sobre la economía de subsistencia acabará por someter a la sociedad tradicional a sus leyes, colocando así estos dos tipos de economías en relación orgánica. La resistencia al trabajo asalariado disminuirá, dejando lugar a una integración parcial en el régimen de salarios suscitada gracias a un conjunto de mecanismos como el impuesto en trabajo y en especie, el trabajo obligatorio, la reforma del sistema de propiedad, el desarrollo del fenómeno urbano y el mejoramiento de los medios de transporte (especialmente el ferrocarril).

La economía colonial tomará su configuración definitiva después de la crisis de 1930, con la redinamización de los medios de producción existentes y la creación de numerosas empresas nuevas. A nivel del comportamiento en el trabajo, el proletariado adquiere también su configuración definitiva. Como ya he indicado en otra parte, la economía de mercado trastornará todo el orden social, en tanto que el trabajo se manifestará como la expresión por excelencia de la presión exterior a la vez adoptada formalmente y rechazada sociológicamente por el proletariado ¹⁴.

Varias consecuencias se desprenden de esta evolución. En esta relación de la estructura social antigua con la estructura social nueva, el trabajador de la ciudad se encuentra cargado por un poder nuevo en el seno de su propio grupo familiar, del cual él llega a ser el jefe sim-

¹³ He examinado esta cuestión en mi libro *Travail et travailleurs au Zaïre, Essai sur la conscience ouvrière du proletariat urbain de Lubumbashi*. Kinshasa, Presses Universitaires du Zaïre, 1979.

¹⁴ *Travail et travailleurs au Zaïre*, op. cit.

bólico, mediador entre los miembros del grupo emigrados a la ciudad y los que quedan en la aldea. De todo esto y de la historia de la constitución del proletariado, ha resultado una proletarización incompleta caracterizada por una conciencia segmentada. La conciencia de condición que es la expresión concreta en este caso, se caracteriza por el reconocimiento de su posición en la jerarquía social y por su aceptación como una fatalidad.

La conciencia de condición se forja a través de la historia misma del proletariado, y se justifica por el carácter problemático de la sociedad global donde se entrecruzan fuerzas sociales contradictorias y a veces incompatibles entre sí. Así, el trabajador participa bajo dos presiones sociales diferentes, según que se encuentre en la fábrica, donde domina el universo de la máquina que escapa a su control, o según que se encuentre fuera del medio de trabajo, universo gobernado por una lógica ambigua, que a veces reconoce los valores del pasado y otras veces los valores del presente.

3. ECLOSIÓN DE LA CONCIENCIA DE CONDICIÓN Y DEL JUEGO DE ALIANZA

La realidad de las clases sociales en el Zaïre es mucho más compleja que el simple análisis empírico del proletariado. Para mayor facilidad de este propósito, vamos a dar un esquema provisional y que representa *grosso modo* la situación actual:

- a) La burguesía compradora; relevo del gran capital.
- b) La burguesía potencial que forma una clase política potencial. Se caracteriza por sus aspiraciones políticas que conducen a veces a alguno de sus miembros a veleidades de oposición. En su seno se encuentran también contactos entre la burguesía compradora y las masas.
- c) La pequeña burguesía urbana y rural, principalmente adscrita a los negocios: comercio, pequeña exportación agrícola, plantaciones. Igualmente se puede colocar entre esta burguesía la tecno-burocracia de la función pública y de las empresas privadas.
- d) Los campesinos, con mucho la clase más numerosa, participa, como señala P. Fourgeyrollas, en formas de propiedad colectiva y sufre efectivamente un proceso de pauperización efectiva, a causa de la explotación de la cual es víctima.
- e) El lumpen-proletariado, clase nacida de la conjunción de dos fenómenos importantes: el éxodo hacia los grandes centros urbanos y la crisis económica cuyas consecuencias golpean cruelmente a la masa desfavorecida. Se compone principalmente de un ejército de criados «domésticos», caracterizado

por su inestabilidad profesional, de parados generalmente jóvenes e inexperimentados, convertidos en limpiabotas, en vendedores de toda clase de chucherías obtenidos a menudo por medios ilícitos; en lavacoches, en prostitutas, etc., y viven generalmente en la periferia de los grandes centros urbanos, en barrios que no cesan de crecer. Se puede también clasificar en esta categoría a los trabajadores temporeros de las explotaciones agrícolas.

En cuanto a la eclosión de la conciencia de condición, la explotación con fines políticos de la solidaridad étnica, que da lugar a una relación de cambio particular entre los miembros del grupo familiar o de la etnia situados en las proximidades del poder y otros miembros de la familia o de la etnia, ha trastornado la evolución de la conciencia de condición (refiriéndonos al proletariado) hacia una conciencia de clase reivindicativa. Su principio es simple, en contrapartida del apoyo obtenido, principalmente con ocasión de elecciones legislativas, el miembro de la etnia destacado provee a los suyos de la esperanza de escapar a la pauperización general, y de mejorar colectivamente su condición de existencia.

Bajo el impulso de las dificultades económicas, se asiste a la emergencia de una conciencia étnica acrecentada, la cual, a su vez, ha acelerado la eclosión de la conciencia de condición. Desde 1975, los movimientos de reivindicación seguidos de huelgas en algunas empresas de Lubumbashi y de Likasi han podido ser readsorbidos gracias a una hábil recuperación étnica del movimiento por el poder regional, táctica por otra parte frecuentemente utilizada en numerosas ocasiones de cara a las huelgas o a la protesta estudiantil.

Con la eclosión de la conciencia de condición se refuerza una alianza vertical de las clases, en los límites de la solidaridad étnica y regional. La eclosión de la conciencia de condición podría explicarse entre otras como la expresión:

- 1.º De la esperanza decepcionada engendrada por la independencia, adquirida ésta, sin que se hubiera formado antes una conciencia política reivindicativa inscrita en un proyecto de sociedad claramente decidido y que emanara de un consenso general.
- 2.º De la ausencia de una tradición de lucha de liberación o aún de lucha reivindicativa para el mejoramiento de las condiciones de existencia. La explotación colonial, que ha desviado la conciencia reivindicativa de los trabajadores y la confusión política actual, explican este recurso al cuadro étnico como única respuesta a la adversidad.
- 3.º De la impotencia ante la degradación general que afecta a la sociedad, aunque esta situación sea minimizada por la llamada

a la esperanza, alimentada por los medios de comunicación y sostenida por los efectos de una ideología unificadora.

Si se analiza el comportamiento de clases en el seno de una etnia dada, como por ejemplo los bembas del Shaba, se observará que la fuerza de la solidaridad étnica pone en relaciones privilegiadas a las diferentes categorías (burguesía, pequeña burguesía, proletariado, campesinado, lumpen-proletariado) que forman la etnia. Estas relaciones se elaboran verticalmente en una sociabilidad más amplia, donde los miembros de la etnia se sienten colectivamente solidarios en su relación con la sociedad, frente a las otras etnias cuyos miembros desarrollan entre ellos el mismo tipo de solidaridad.

Horizontalmente, un juego de alianzas interétnicas se realizan al nivel de la región¹⁵, las cuales siguen prioritariamente ciertas afinidades culturales. Se trata de un tipo de alianza fundada sobre una especie de unidad espiritual que reposa sobre el sentimiento de pertenecer a una misma región. Más concretamente, para volver a tomar el ejemplo de los bembas, en su aportación a la sociedad global, éstos se sentirán más próximos (sobre todo políticamente) a los miembros de otras etnias geográficamente localizadas en el Shaba (Lunda, Tshokwe, Luba, Shankadi, etc.), pero a su vez desarrollarán más afinidad con respecto a las etnias del sur de la región (lamba, sanga, yeke) que están culturalmente más próximas a ellas.

A un nivel más elevado, una inteligencia común de su situación de privilegiados, provoca entre los miembros de la burguesía «nacional» el cuidado de una especie de «pacto de no agresión» buscado por encima de las divisiones étnicas y regionales. En esencia, y antes que toda política y economía, este «pacto» se sitúa en la prolongación de las alianzas regionales, las cuales toman apoyo, entre otras circunstancias, en el reconocimiento de los individuos procedentes de otras regiones como adversarios políticos y económicos en potencia.

La fracción burguesa de la población se revela así más coherente en su calidad de clase que en otras categorías sociales. Esta perspectiva relativiza la eficacia de la solidaridad étnica que se revela en realidad como una falsa solidaridad, puesto que sirve de fundamento a la explotación política y económica de las clases menos coherentes por la burguesía local.

Al menos dos consecuencias pueden ser extraídas de la explotación y de la falta de cohesión así constatadas. En primer lugar, la individualización de la respuesta opuesta a las privaciones que sufren los miembros de las clases desfavorecidas. Ya he indicado en «Trabajo y trabajadores en el Zaïre» que el obrero de las empresas zaireñas manifiesta

¹⁵ La palabra «región» se entiende en el sentido administrativo que le confieren las estructuras administrativas zaireñas. Por consiguiente, es sinónima de provincia.

en la realización de su trabajo actitudes individualistas ante el trabajo y colectivistas a nivel del reparto del fruto de este trabajo. Este colectivismo ante el consumo se impone como un deber para sostenerse unos a otros los miembros de la comunidad familiar o étnica menos favorecidos.

Ante la degradación de la situación económica general esta solidaridad se convierte en selectiva, limitándose en lo sucesivo solamente a los miembros de la familia restringida. Las relaciones sociales se individualizan, sin que por ello desaparezca totalmente una solidaridad más amplia que reviste en adelante aspectos simbólicos, no dando lugar a manifestaciones concretas más que cuando las circunstancias lo exigen verdaderamente. La degradación económica (inflación, caída del poder de adquisición de la moneda, alza de los precios) alcanza proporciones tales que las familias se ven obligadas a buscar rentas de sustitución, lo más frecuentemente a través de actividades paralelas que, según ciertas estimaciones, procuran mensualmente entre el 17 y el 40 por ciento de renta complementaria con relación al salario. Se trata de un género de actividades especialmente desarrolladas en los centros urbanos, donde adquieren proporciones considerables, manifestándose sobre diversas formas: trabajo clandestino, comercio por intermediarios, pequeño comercio, robo, corrupción de todas clases, etc.

Segunda consecuencia, finalmente, es la extraordinaria capacidad de estos diversos grupos sociales de adaptarse rápidamente a lo anormal. Entiendo por adaptación a lo anormal, el hecho de adoptar estos grupos conductas sociales que no responden a las características de la normalidad, tal como ésta es elaborada en la experiencia cotidiana. Como es sabido, ésta recibe la impronta del pasado tradicional, del pasado colonial y del presente. Sufre también las deformaciones que la ideología dominante intenta imponer a la historia. Lo anormal nace de la confrontación de la lógica de la historia frente a la historia políticamente recuperada por la ideología del momento. De esta confrontación proceden instituciones en perpetua mutación, puesto que no están inscritas en un proyecto de sociedad coherente, y que proyectan sus efectos con límites inciertos, sobre los comportamientos sociales.

Un ejemplo, entre otros: la proliferación constatada en los últimos tiempos de los movimientos carismáticos organizados en reuniones de oración. Fenómeno relativamente reciente en su amplitud, reposa sobre la no-violencia y el recurso a la plegaria en cualquier circunstancia. Los sucesos de la vida corriente son interpretados allí según los escritos de la Biblia que determinan también la conducta social de los adeptos. Al margen de estos movimientos, proliferan también las iglesias llamadas sincréticas. «Se asiste en estas iglesias a una mezcla increíble y a menudo oportunista de extractos de la Biblia cristiana, de la sabiduría popular y de las prácticas mágico-religiosas ancestrales. Sus adeptos parecen buscar en ello protección y salud, animados, según ellos,

por profetas nuevos realmente dotados de un poder mágico o espiritual superior al de los brujos que les atormentan o al de las iglesias convencionales»¹⁶.

En tanto que los movimientos mesiánicos han actuado positivamente en relación a la contestación del poder colonial, sirviendo de soporte a las ideas «progresistas», tanto los movimientos carismáticos como las iglesias sincréticas actúan negativamente en relación con el desarrollo de una conciencia de clase. En los grupos de oración, por ejemplo, la plegaria es vivida como la relación del hombre con Dios, como el lugar de encuentro a través del cual el hombre dialoga con el más allá, pero en un segundo sentido, negativo desde mi punto de vista, la plegaria sirve de alivio a la miseria y a la privación para numerosos adeptos de estos movimientos.

Las motivaciones de la oración arrancan generalmente de causas identificables, relacionadas con la incapacidad de la sociedad para resolverlas a través de sus instituciones oficiales: enfermedad (insuficiencia e ineficacia de los equipos hospitalarios), paro (degradación de la economía e insuficiencia de los empleos disponibles), fuga del marido (ausencia de una reglamentación precisa sobre la poligamia), protección contra la mala suerte (impotencia de las iglesias convencionales ante los poderes del brujo), etc...

En este orden de ideas, una constatación general puede ser deducida: a falta de que las instituciones oficiales aseguren una protección eficaz a los individuos, diversos grupos sociales se dotan de sus propias normas de seguridad, lo que da un relieve particular a las conductas sociales anormales: el gendarme que deja pasar una infracción mediante una propina, el patrón que abusa impunemente de la mujer o la hija de su subordinado, el funcionario que se lleva el caudal del estado y que se ve condenado a una pena insignificante gracias a los apoyos de que dispone, la justicia que selecciona a sus culpables entre los culpables... son otros tantos «antivalores» a los cuales la sociedad zaireña de hoy debería atacar, no sea que den lugar a una explotación política con el fin de mantener el *statu quo* en beneficio de la fracción burguesa de la población.

III. A MODO DE CONCLUSION

Estudiar las clases sociales en Africa no es sólo conformarse con una especie de estética intelectual, o el medio de afirmar la simpatía hacia un modo de pensamiento muy extendido entre los medios universitarios, donde existe la ocasión de proclamarse progresista para

¹⁶ ILUNGA Kabongo: *Comment étudier les églises syncretiques. Un point de vue de politicologue*, CIEDOP, «Discussion Papers 001/78). Kinshasa, UNAZA, 1978.

beneficiarse de algunas consideraciones; por el contrario, se trata de investigar de la manera más justa posible la realidad social africana con vistas a la liberación del continente.

La acción concreta de liberación postulada aquí impone a los investigadores africanos, cualquiera que sea su tendencia política, que se aparten al mismo tiempo del discurso de la izquierda y del de la derecha, puesto que después de tantas experiencias negativas ha llegado la hora de interrogar a los hechos. R. Dumont y M. F. Mottin escriben: «Los aprovechados occidentales no renunciarán fácilmente, están en juego demasiados intereses y la máquina económica está bien cuidada; el largo plazo y el porvenir de nuestro tiempo apenas les afecta... Por su parte, las élites en el poder en Africa, que practican el corto plazo con el frenesí de la inseguridad, no encuentran razón alguna para dar marcha atrás. ¡Después de ellos el diluvio! Se olvida demasiado frecuentemente, dicen ellos aún, que la historia de los africanos no está hecha solamente de negritud y de «Ujamaa», sino que hay una larga tradición de explotación del africano por el africano»¹⁷.

La tarea del investigador africano es doble. En primer lugar, un enfoque teórico correcto de los mecanismos internos y externos de dominación. Clases sociales y etnicidad se entrecruzan en una misma realidad que puede conducir a la salvación o a la pérdida del pueblo. El verdadero debate debe ir más allá de las querellas de escuelas, debe decantar los mecanismos a través de los cuales las clases privilegiadas utilizan el entorno sociológico de la nación —comprendida en él la realidad étnica— para mantener sus privilegios, muy frecuentemente en contra de los intereses de la nación.

Después, reconciliar al pueblo con su historia. Cómplice involuntario de su propia alienación, el pueblo evalúa mal sus intereses, ignora a sus adversarios objetivos y conoce mal a sus aliados potenciales. Programa movilizador que consiste en enseñar al pueblo a decir «NO», a inscribirle en estos frentes de rechazo de los cuales J. Ziegler decía que estaban por todas partes en su inicio y de los que cada uno de nosotros y todos en conjunto queremos ser los constructores.

Lubumbashi, diciembre de 1982.

RESUMÉ

Cet article étudie la réalité africaine du Zaïre et ses classes sociales les confrontant au concept de Nation. L'auteur cite le sociologue G. BALANDIER et ses idées sur les catégories sociales: (A l'époque coloniale) il y aurait: les agents du pouvoir colonial, les agents de l'occidentalisation, les riches propriétaires, les

¹⁷ DUMONT, R., y MOTTIN, M. F.: *L'Afrique étranglée*. París, Edits. du Seuil, 1980.

petits chefs d'entreprise et les ouvriers salariés. Le classement de Fourgeyrollas en encore plus précis: il s'agit des maîtres de la terre et des bestiaux, ou classe dominante, ses administrateurs, les commerçants, les artisans, les paysans libres et enfin la masse rurale à demi esclave.

L'auteur étudie le concept de classe sociale à la lumière des idées de Gurvitch, Marx, Althusser et... en vue de les confronter à la réalité africaine. Pour comprendre le rapport des classes avec le mode de production économique, il convient de tirer au clair le concept de formation sociale; le concept de classe a un rapport avec l'ensemble des niveaux du mode de production.

D'après J. C. Willame, l'aspect social de l'éthnicité comporte trois tendances: Une première met en avant le débat sur la valeur positive ou négative du Nationalisme. La seconde est centrée sur l'intégration nationale, au détriment de l'aspect clanique, et la troisième semble insister sur l'aspect plural de la société colonisée ainsi que sur non hétérogénéité culturelle. Résumant le tout, l'éthnicité a bien été l'objet d'études empiriques, elle n'a pas connu la profondeur du débat sur les classes sociales.

Les classes, en Afrique, d'après l'auteur, sont des catégories analytiques, historiques; elles se trouvent en rapport avec la société et se développent en un système de classes aux antagonismes internes. Au Zaïre, les choses ont changé; cela est, sans doute, dû à la situation économique bien différente des époques antérieures. Les classes sociales se trouvent influencées par la reprise de l'activité économique mondiale, la dépendance de l'extérieur, le maintien des structures de production coloniale, le volume des importations etc...

Après avoir présenté les problèmes du prolétariat urbain, avec son régime de salariat, l'auteur étudie les relations de l'ouvrier avec son ethnisme d'origine. Ce régime le situe à un certain rang parmi ceux qui sont restés au village et ceux qui ont émigré à la ville.

Voici un schéma provisoire des classes africaines, dans leur complexe réalité: a) Bourgeoisie (ayant pouvoir d'achat). b) Bourgeoisie aux aspirations politiques. c) Petite bourgeoisie et techno-burocrates. d) Paysannerie. e) Prolétariat urbain et rural. f) Lumpen-Prolétariat incluant les travailleurs de l'agriculture.

Avec le surgissement de la conscience conditionnée, une certaine alliance verticale des classes s'est vue renforcée, poussée par des phénomènes comme: l'espoir déçu en l'indépendance, l'absence de tradition de lutte, de revendication et l'impuissance devant la dégradation générale de la société. A cause de tout cela la réponse aux privations se fait à l'échelle individuelle et la solidarité ethnique se trouve réduite et limitée à l'horizon familial. Il y a une adaptation aux situations anormales qui se fait également et par conséquent la société africaine elle-même s'en trouve dégradée.

SUMMARY

The author examines African —specifically zairese— reality concerning social classes and confront it with the concept of nation. Reference is made to Balan-

dier and to his ideas about social categories which, according to him, were distributed in the colonial period as follows: the agents of the colonial power, those of westernization, the rich farmers, the small-scale managers and the wage-earning workers. A more detailed classification is proposed by Fourgeyrollas which consists of owners of land and cattle or dominant class, administrators, dealers, craftsmen, free peasants, and half-slave rural mass.

The author analyses the concept of social class in the light of the ideas of Gurvitch, Marx, Althusser, etc. confronting them to what is the reality in Africa, where they run up against ethnic solidarity. In order to understand the relation of the social classes with the mode of production it is convenient to explain the concept of social formation; the concept of classes is related to the set of the levels of production mode.

According to J. C. Williame there are three tendencies in the social aspect of ethnicity. The first consists of the debate over the value, positive or not, of nationalism. The second is centered on national integration, to the detriment of all that is clanish, and the third insists on the pluralistic aspect of the colonized society and its cultural heterogeneity. In short, ethnicity has been the object of empirical studies, but without the profundity that the debate over social classes has known.

As to the author, classes in Africa are related to the society and they evolve into a class system with internal antagonisms. In Zaïre, things have changed, due —also— to the economic situation, very different of the one known before. It is influenced by the recovery of worldwide economic situation, the external dependency, the maintenance of colonial production structures, the volume of imports, etc.

After he has presented the problems of the city proletariat, together with its integration in the wage scale, the author examines the relations of a worker with his native ethnic, which give him some status between those who remained in the village and those who migrated to the town.

A provisional outline of the African classes in their complex reality would be as follows: *a)* a purchase bourgeoisie; *b)* a potential bourgeoisie, with political aspirations; *c)* a lower bourgeoisie and techno-bureaucrats; *d)* peasantry; *e)* city and country proletariat; *f)* lumpen-proletariat, including those who work temporarily in agriculture.

With the spread of the consciousness about one's condition the vertical alliance of the different classes has been strengthened, impelled by phenomena such as the deceived expectations in relation to independence, the inexistence of a tradition of a class struggle and the helplessness about the general degradation of society. For all these reasons the response to privations is individualized and ethnic solidarity becomes more reduced as it is restricted to the family; we thus observe here a process by which people adapt themselves to abnormal situations and, therefore, an obvious deterioration of African society.